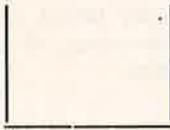




dom hÉlder câmara:

**PRINCIPIOS BASICOS
DE SU
REVOLUCION RADICAL**



rafael enríquez

Comprender la figura del Arzobispo de Olinda y Recife, Dom HÉlder Câmara, bajo el aspecto de su actuación política o social puramente es la ilusión fascinante de muchos socialistas y comunistas. También son muchos los católicos que no han podido ver el fondo ni la dirección en que se mueve la rica personalidad de este Obispo de la Iglesia Brasileña. No niego que es fácil quedar deslumbrado por su actuación y sus palabras cargadas de problemática social. Sin embargo, la comprensión verdadera de Dom HÉlder debe partir de su intuición fundamentalmente religiosa del momento histórico del mundo y de la Iglesia.

Nos proponemos, en este breve estudio, encontrar las principales líneas de fuerza que orientan el movimiento de la Iglesia en el Nordeste brasileño.

**1. primer principio:
vivencia eclesiológica**

La personalidad de Dom HÉlder sólo es comprensible desde un pun-

to de vista eminentemente eclesiológico. El arranque auténtico de su vida apostólica hay que buscarlo en su preocupación por el papel que juega la Iglesia en el mundo actual, en el mundo concreto latino-americano. La Iglesia tuvo, desde el comienzo de la formación de la sociedad americana, un influjo decisivo en las estructuras culturales, sociales, económicas e incluso políticas. Está íntimamente unida a todo ese pasado histórico, del que no puede prescindir en la actualidad. De ahí la importancia de su presencia activa en la transformación profunda que necesita la sociedad latino-americana.

Este hecho confiere a la Iglesia una responsabilidad indiscutible, de cara a los nuevos desafíos de la historia, y le fuerza a exigencias que comprometen toda la actualidad del Vaticano II. Porque, si la religión llega a fallar a los pueblos en instantes que les parecen decisivos y en esfuerzos que les parecen sagrados, perdería una oportunidad excepcional de servir y perdería también la necesaria ascen-

dencia moral para intentar llegar a estos pueblos por el camino del amor y de la justicia.

Lo más significativo de Hélder Câmara es el haber intuido el momento en que coinciden la fuerza pujante de la Iglesia del Vaticano II y el ansia de desarrollo de los pueblos del Tercer Mundo. Los dos quieren reaccionar, salir del anquilosamiento social en que han vivido, quizás, durante bastante tiempo. Y este momento, este punto de convergencia de las dos potencias, es el que hay que aprovechar, sin dejarlo escapar, porque la situación actual es única para que la Iglesia muestre lo más íntimo de su misterio: la fuerza del Evangelio puesta al servicio de los hombres, para defender lo que es justo y bueno en el mundo.

Este es el grito inquieto de Dom Hélder: "Con nosotros, sin nosotros o contra nosotros, los ojos del pueblo se abrirán. ¡Ay del cristianismo, si, mañana, cuando los ojos se abran, quedara la impresión de que la Iglesia se unió a los poderosos en la explotación de los humildes! Hemos perdido un tiempo precioso".

Captar, pues, esta intuición del "momento" eclesiológico sería el primer paso de nuestro trabajo. Después se podrán estudiar los medios que él encuentra para encarnar a su Iglesia en este momento histórico. Pero esos medios no pueden ser desligados de su intuición fundamental dentro de la comunidad del Pueblo de Dios.

2. don hélder câmara no es un político

La mala comprensión de esta personalidad eclesiológica de Hélder Câmara ha llevado, en distintas

ocasiones, a querer introducirlo en la política brasileña. La oposición al gobierno de Costa e Silva vio en el Arzobispo de Recife una bandera ciudadana que podría contrarrestar el poder militarista que se adueñaba del país. Por eso quisieron presentarlo como candidato a la Vicepresidencia de la Nación. Pero Dom Hélder rehusó de la misma forma que lo hiciera con Kubitschek, cuando éste pretendió hacerlo intendente del distrito federal. La vocación del sacerdote Câmara y la del Arzobispo Dom Hélder no pertenece al campo de la política, aunque tenga que alcanzar, inevitablemente, el campo de lo político-social.

La preocupación de una Iglesia que no es meramente espiritual, porque "insistir en una pura evangelización espiritual equivaldría a dar la idea de que la religión es una teoría desligada de la vida e incapaz de unirse a ella y modificarla en lo que tiene de absurdo y de falso", le hace entrar en las necesidades reales de los hombres que le rodean. Y, ciertamente, en su área de acción, dentro del Nordeste brasileño, la miseria avergüenza a la dignidad del hombre. Que un "fazendeiro" del Estado de Minas Gerais haya podido decir: "Si la mortandad de becerros fuese, en mis haciendas, como la de los niños, yo desistiría de ser hacendado", nos lleva a verificar que en Recife, en el barrio "Casa Amarela", de mil criaturas nacidas, mueren más de quinientas por hambre y por miseria; y que en Amazonia, en el Municipio de Eurunepe, de cada mil criaturas, ochocientas desaparecen en el primer año de vida. Y, si entramos en las estadísticas médicas, a escala nacional, nos sorprenderemos con algunas cifras deslumbrantes: la anquilostomiasis castiga a 23 millones de brasileños; y el bocio endémico a 18'5

millones. Sólo estos números, para citar los más elevados.

No indico esta situación a título informativo o anecdótico, porque esta triste "anécdota" también se encuentra muy cerca de nosotros, aquí, en algunas regiones de España. La traigo, más bien, para comprender la valentía de Dom Hélder Câmara, que constata estos datos y se enfrenta responsablemente ante ellos. Y para explicar también el motivo de su intervención en el campo de lo político y de lo social.

Pero siempre ha quedado claro en la exposición personal de su propio pensamiento que, "aunque partamos de la necesidad práctica de favorecer el desarrollo económico, sin embargo, por razón de nuestras convicciones religiosas y de nuestro amor a las criaturas, nos sentimos atraídos a desear alcanzar un fin mucho más elevado que el puramente económico y quizá social". Dom Hélder tiende a llevar al Nordeste brasileño a su "desarrollo total, es decir, llevarlo a su desarrollo sobrenatural...".

3. segundo principio: la dignidad de la persona humana

Hemos visto que la preocupación eclesiológica de Dom Hélder supera su personalidad política. La meta a alcanzar es la dignificación de la persona humana, porque la Iglesia está formada —y debe estarlo— por hombres, en su pleno sentido de seres libres y conscientes, aptos para conseguir la libertad fundamental, que es la apertura, la liberación de sí mismo para poder darse a los demás. Así se perfeccionará la sociedad de hombres libres y mutuamente respetuosos en el don desinteresado al prójimo.

Este sería el paso de enlace para estudiar la postura dinámica y activa de la personalidad de Dom Hélder: la dignidad de la persona humana, como valor dado a los hombres por Dios, y entregado muy particularmente a la Iglesia, cuya misión es defenderlo y proclamar las injusticias sociales que dañan la dignidad del hombre, imagen de Dios.

La dignidad de la persona está ligada a todo lo que concierne a su ambiente vital: alimentación, salud, alojamiento, vestido, educación, condiciones de trabajo y cuidados espirituales. Todo ello forma parte de los requisitos que un hombre necesita para procurar la libertad fundamental. Mientras esté condicionado a un subdesarrollo material, no conseguirá la base suficiente que lo abra a sus lícitos derechos de dignidad, como persona humana.

Tal es el pensamiento de Dom Hélder. No puede pensar que la Iglesia tenga una misión exclusivamente espiritual, porque la dimensión de su misterio es más amplia, ya que abarca a toda la dignidad de la persona, que no es "puro espíritu". Y añadirá: "Cristo dio a la jerarquía una misión específica de evangelización. Pero, de ningún modo, apartó a la comunidad cristiana de la gran aventura del desarrollo. Por el contrario, el laicado cristiano debe asumir sus responsabilidades en la primera línea".

Estos principios sociológicos del Arzobispo de Recife no son, propia ni exclusivamente, personales. El ha vivido el Vaticano II en las naves mismas de San Pedro, y, en sus oídos, han resonado, por primera vez, aquellas palabras de la *Gaudium et Spes*, en el número 29: "Puesto que todos los hombres, dotados de alma racional y creados a imagen de Dios, tienen una mis-

ma naturaleza y un mismo origen, y redimidos por Cristo, gozan de una misma vocación y destino divino, se ha de reconocer cada vez más la fundamental igualdad entre todos los hombres". E, igualmente, el número 5 de la Declaración de las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas: "No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a portarnos fraternalmente con algunos hombres creados a imagen de Dios".

Era interesante tocar este punto de arranque de la actividad social de Dom Hélder, porque forma como un segundo principio básico de su personalidad. De aquí partirá lo más externo de su preocupación por el problema del subdesarrollo del Tercer mundo: la justicia social, la oportunidad para todos los hombres de elevar su nivel de vida, pero no por medio de la violencia, de la revolución armada, del odio de clases, sino a través de una revolución de estructuras, que debe comenzar por la revolución interior de cada uno de los hombres. El título de su libro "Revolución dentro de la Paz" es un exponente de su pensamiento, recogido de conferencias, artículos y entrevistas periodísticas.

Estudemos su visión de la paz y de la no violencia.

4. la dignidad del hombre lo lleva al amor y no a la violencia

A este respecto, su posición es tajante: "No creo en la violencia, no creo en el odio, no creo en las insurrecciones armadas. Son demasiado rápidas: mudan a los hombres, sin tiempo de mudar la mentalidad".

"El odio no construye", terminará diciendo. Y Dom Hélder no busca otra cosa que no sea la construc-

ción de un mundo mejor. Ese es su único lema, como hombre y como cristiano, consciente de que está tratando con hombres, dignos de ser imagen de Dios, aunque ni ellos mismos estén convencidos plenamente de ésto.

Por eso, Dom Hélder se inclina por una educación social de todos los hombres. La educación llevará al reconocimiento de la actual injusticia social y a la armonía de los pueblos. El papel que juega la Universidad, con su labor educadora, es uno de los temas preferidos de Hélder Cámara, porque ve en ella la base para la construcción de un país. "Lo que se hace sin trabajo de educación, sin formar una mentalidad, no tiene raíces". Porque para él, "el problema no consiste en cambiar algunos dirigentes y en operar, por la fuerza, transformaciones". Eso no conduce a nada. Pero "si todo el pueblo de Dios en este Continente destaca su presencia activa en el desarrollo y en la integración de los diversos países latino-americanos —trayendo consigo a las universidades, los técnicos difundidos por órganos oficiales o privados, líderes de todas las religiones, líderes empresariales, líderes obreros, la prensa escrita y hablada, el teatro y el cine, todas las fuerzas vivas del Continente— tal vez se llegue a tiempo de evitar que América Latina opte por la violencia". Y la violencia, como tal, no es el cauce por donde se llega a la justicia y a la dignidad del hombre.

La Iglesia, a su vez, ha de comenzar una labor inteligente de educación religiosa y humana, ayudando a las masas a volverse pueblo, llevándolas a superar el fatalismo, recordándoles que Dios existe, sí, y tiene, evidentemente, pleno derecho de intervenir en la Creación, pero que es el mismo Dios quien da al hombre el derecho y el de-

ber de dominar la naturaleza y completar la Creación. De esta manera la Iglesia colaborará con los técnicos en desarrollo, cuyo principal trabajo, muchas veces, es remover la apatía y el conformismo de las gentes más subdesarrolladas. La Iglesia desmentirá el pensamiento comunista de que es opio que adormece al público. No, ella va a comenzar a enseñar a los pobres que esa frase tan repetida: "Dios lo ha querido así", no debe usarse con la frecuencia de una muletilla inveterada, que sirve de refugio a nuestra debilidad e impotencia. La resignación cristiana siempre ha sido una virtud; pero nunca ha nacido una virtud auténtica con motivo de una debilidad, de una impotencia. El planteamiento de la resignación cristiana debe sufrir una revisión dentro de la mentalidad simple del pueblo subdesarrollado.

Y, al mismo tiempo que educa la religiosidad del pueblo, la Iglesia debe también abrir los ojos y desenmascarar la dictadura del capitalismo, de los trusts, que monopolizan la paz y la guerra, el amor y el odio, con un deseo de lucro; que centran la atención del mundo hacia problemas humanos, con el fin de obtener ventajas económicas o políticas, que redundan, no en una mayor extensión del desarrollo de los pueblos, sino en un control más cerrado de la mentalidad y de la economía de los países subdesarrollados.

Llevado de esta mentalidad abierta, Dom Hélder no teme izar en sus manos, lemas que suenan a marxismo o socialismo, porque enfrentan una realidad dolorosa y combaten el imperialismo económico. La energía de Hélder Cámara se dirige al amor y no pretende engendrar el odio; pero —como él mismo dice— no es tan ingenuo como para pensar que bastan conse-

jos fraternos, exhortaciones líricas, para que caigan por tierra estructuras socio-económicas ya muy arraigadas y defendidas tenazmente por una sociedad capitalista. Por eso, tendrá que exclamar: "Claro que no ha de ser a través de movimientos supertímidos y superprudentes, a compás de cámara lenta" como consigamos una renovación social de nuestro mundo. No podemos esperar mucho tiempo más. Porque esta espera es "imposible y absurda, especialmente para la Iglesia que se siente, en gran parte, responsable por la situación que tenemos. No hay peligro de precipitación por nuestra parte: ya estamos con algunos años de atraso".

Ha vuelto a aparecer la dimensión eclesiológica ante el problema sociológico que estudiamos. En realidad, es muy difícil delimitar dimensiones, cuando se analiza la actuación de un hombre, porque es toda la persona quien se mueve en una misma dirección. Pero quería hacerlo notar, para que no se piense que Dom Hélder es puramente un sociólogo exaltado.

5. optimismo y "los signos de los tiempos"

El tercer punto interesante de la personalidad de Dom Hélder es su optimismo, su esperanza, que le lleva a descubrir un mundo nuevo de posibilidades para el futuro. Sus palabras mismas lo definen: "Se dice de Abraham que esperó contra toda esperanza. Yo espero, no sólo en la ayuda de Dios, que no abandonará a la destrucción la obra inicial de la creación, sino también en la inteligencia y en el buen sentido del hombre". Creer en el hombre, cuando por sus ojos entran imágenes crudas del egoísmo y de la injusticia humana, es un valor de riquísimo contenido cristiano.

Esta riqueza interior es la que fomenta en Dom Hélder su apertura optimista a un mundo que viene, a una civilización armoniosa y solidaria, que está "menos lejos de lo que muchos se imaginan". Las frases que acostumbra a utilizar, cuando aborda este tema de la esperanza, se elevan a un optimismo próximo a la ilusión. De tal manera, que él mismo debe detenerse y preguntarse, asombrado: "¿Acaso sueño? ¿o es que divago?... ¿Acaso olvido que el pecado ha entrado en el mundo y que proyecta sobre él su sombra diabólica?". Pero la respuesta a su propia duda es invariable: "Al menos, yo tengo esperanza...".

¿De dónde le puede nacer este optimismo? Sin duda alguna, yo lo pondría en su capacidad para descubrir los signos de los tiempos. Porque Dom Hélder, en palabras de Tristán de Athayde, "es un signo de los tiempos. Es un símbolo del mayor problema político-social además de espiritual e intelectual, de nuestro momento histórico nacional". Sería erróneo pensar que Dom Hélder ve el futuro de "color de rosa"; no es eso lo que le proporciona el optimismo. Sería una fantasía, una irrealidad. El optimismo bien fundado se basa en una posibilidad y en una fuerza, una energía, que ofrece garantías de éxito. La posibilidad se la ofrece el momento histórico de choque entre élites y masas; la energía vital la encuentra en una Iglesia que busca su renovación, su encarnación en el mundo, sus ansias de encontrar su propio misterio y su misión, de cruzarse en el camino de los pueblos (ella, que estuvo, quizá, algo separada de esos caminos), para ponerse al servicio de sus hombres. Todo esto da vida a los ojos fatigados de Dom Hélder y expresividad a sus manos inquietas de Obispo de la Iglesia. La esperanza de

un cambio cercano ilumina toda la persona de este gran hombre, que es representativo de la pujante Iglesia brasileña.

6. ¿es profeta dom hélder?

Quien haya leído el artículo que se publica en este mismo número de Proyección. "¿Quiénes fueron los Profetas?", habrá encontrado unos rasgos especiales que también podemos observar en Dom Hélder Câmara.

Se dice allí que el profeta es el hombre de la historia, para quien los problemas y necesidades del momento histórico encuentran un ancho campo en su predicación, buscando insertar en ellos la presencia real de Dios.

Pero, por otra parte, también leemos que el profeta no es un político. Su actuación en este campo viene determinada por una dimensión religiosa, no meramente social.

Finalmente, destacaría el papel profético de los que perciben los signos de los tiempos; de aquellos que se abren a nuevas oportunidades vitales, teniendo ante sus ojos la conquista de un orden verdadero que arremeterá contra el falso orden actual.

¿No podríamos decir que Dom Hélder posee estos rasgos? Yo lo creo así, sin pretender tampoco catalogar a una personalidad tan rica como la del Arzobispo de Recife dentro de los moldes estrechos a que puede llegar una palabra tan concreta para nuestra mentalidad cristiana como es la de "Profeta".

DOCUMENTACION PARA ELABORAR ESTE ARTICULO

H. CAMARA: *Revolução dentro da Paz*, Editora Sabiá, Río de Janeiro, 1968.

H. CAMARA: *Le Tiers Monde Trahi*, Desclée, París, 1968.

F. DE OLIVEIRA: *Revolución y Contrarrevolución en el Brasil*, Ediciones Iguazú, Buenos Aires, 1966.

Revista REALIDADE, n.º 4, Julho de 1966.

Crónicas de Tristán de Athayde, A Folha de Sao Paulo, 18 de agosto de 1966, y 30 de agosto de 1966.

Crónicas de Tristán de Athayde, A Folha de Sao Paulo, 18 VIII - 1966, y 30 - VIII-1966.

“NO ADELANTA PENSAR EN REFORMAS DE ESTRUCTURAS SOCIO-ECONOMICAS, DE ESTRUCTURAS EXTERNAS, MIENTRAS NO HAYA CAMBIO PROFUNDO EN NUESTRAS ESTRUCTURAS INTERIORES”

“NO CREO EN LA VIOLENCIA, NO CREO EN EL ODIIO, NO CREO EN LAS INSURRECCIONES ARMADAS. SON DEMASIADO RAPIDAS: MUDAN A LOS HOMBRES, SIN TIEMPO DE MUDAR LA MENTALIDAD”

“PERO SI NO CREO EN LA VIOLENCIA ARMADA, TAMPOCO LLEGO A LA INGENUIDAD DE PENSAR QUE BASTAN CONSEJOS FRATERNOS, EXHORTACIONES LIRICAS, PARA QUE CAIGAN POR TIERRA ESTRUCTURAS SOCIO-ECONOMICAS, COMO SE DERRUMBARON LOS MUROS DE JERICO”

(Revolução dentro da Paz, pág. 37)